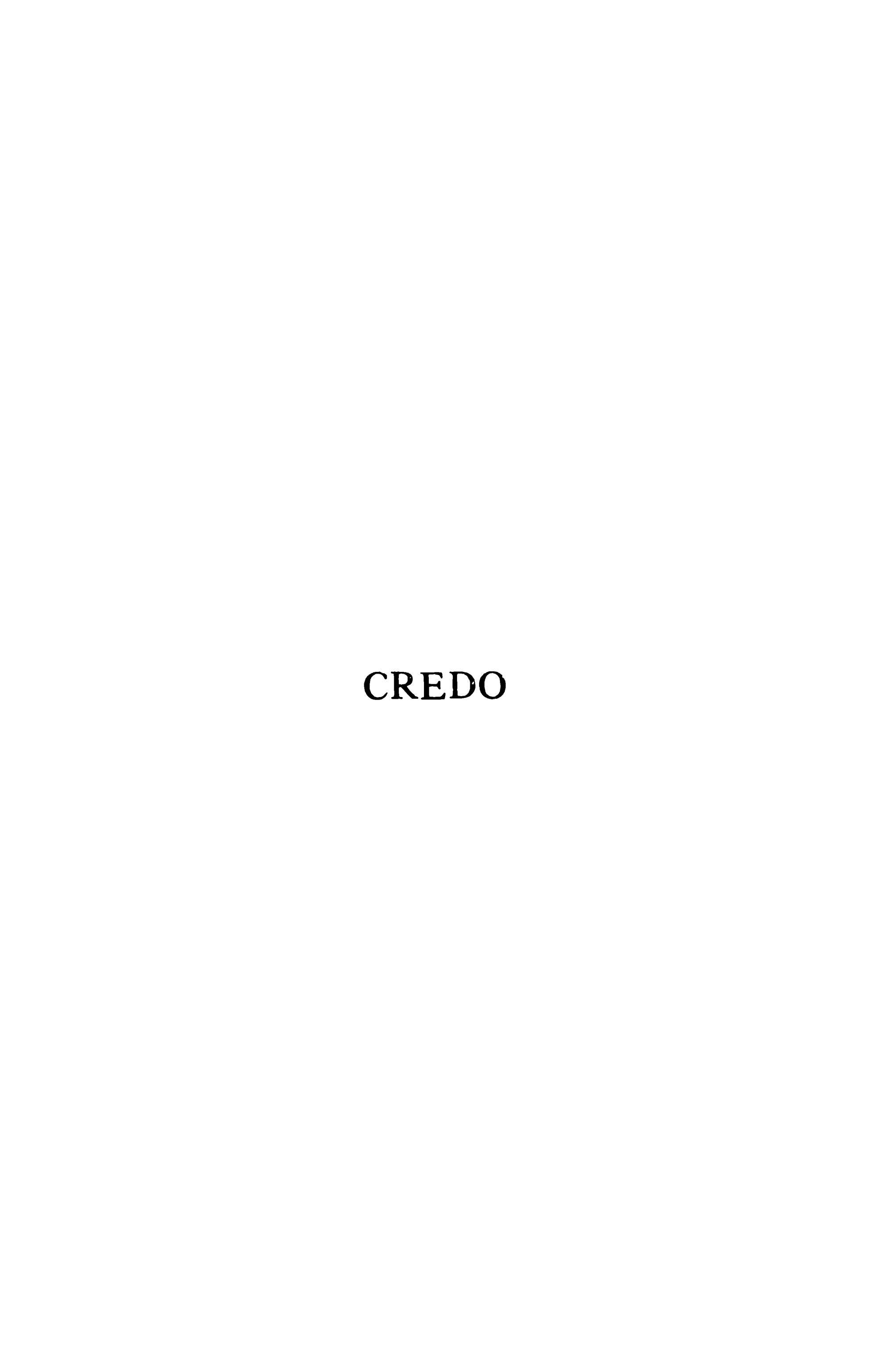
Jean-Claude
Carrière

CREDO



Atlántida



CREDO

Jean-Claude Carrière

CREDO

Traducción de
Angela Simonini

Primera edición

EDITORIAL ATLANTIDA S.A. — BUENOS AIRES

Título original: CREDO.
 Primera edición publicada por EDITORIAL ATLANTIDA S.A., Florida 643, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley 11.723. Printed in Argentina. Esta edición se terminó de imprimir el 17 de mayo de 1984, en los talleres gráficos de Editorial Atlántida, en Escobar, Buenos Aires, Argentina.

I.S.B.N. 950-08-0300-3

Prólogo

En 1866 apareció en París una obra muy singular, escrita por un jesuita, el R. P. Lefebvre, titulada *De la locura en materia de religión.*

El autor expone en ella una nueva teoría, muy sencilla, llamada a tener gran futuro. Teoría que se puede resumir así: los ateos son locos.

El jesuita cuenta una revelación sobrenatural que tuvo en 1852 y que le hizo deducir lo esencial de su libro: todos los que no participan de la fe católica son locos. En lugar de maldecirlos o combatirlos, se debe, ante todo, curarlos.

Compenetrado de esta certeza, el jesuita se puso a estudiar los tratados de los alienistas de su tiempo:

Pinel y Esquirol. Entró en contacto con especialistas a quienes expuso sus ideas. "Al principio se sorprendían —dice—, pero luego quedaban satisfechos."

Entonces escribió su libro, en el que preconiza el encierro y las duchas frías para alcanzar el fin del Altísimo, suprimiendo, por supuesto, las malas lecturas y las amistades perniciosas.

Interesantísima nos resulta hoy su clasificación de los ateos, divididos en creyentes y no creyentes, entre los cuales se incluyen los protestantes y los judíos (todos locos, todos dignos de estar con chalecos de fuerza con miras a su curación). También entre ellos están los materialistas y los panteístas, estos últimos considerados los peores y declarados incurables.

Hoy podemos considerar al padre Lefebvre —que, por supuesto, nos parece un loco— como un verdadero precursor. El abrió una puerta fascinante sobre los tiempos modernos. En nuestros días, en que

grupos de psicólogos americanos hablan de curar a todos los subversivos sociales —desde terroristas a simples huelguistas— como a enfermos mentales que ignoran su estado y cuando esta técnica terapéutico-ideológica ha calado tan hondo en los países del Este, como todos sabemos, es muy instructivo leer el curioso tratado del padre Lefebvre. Se descubrirá en él, con tanto humor cuanto terror, el rostro terrible del fanatismo.

Desde hacía unos años yo conservaba un artículo de *Monde* que narra la triste aventura del historiador ucraniano Valentin Moroz, arrestado, ampliamente interrogado y, para terminar, internado como loco porque creía en Dios. De esto hace más de diez años y hasta hoy no tenemos más noticias de Moroz.

Credo es un intento de reconstituir este diálogo perdido, procurando dar a unos y a otros los mejores argumentos posibles. Todos

los personajes actúan de buena fe. Cada uno quiere ayudar al otro. Pero un sistema rígido, la certeza de poseer la verdad, el saberse fuertes, la imposibilidad casi física de admitir ideas diferentes, llevan al inevitable encierro. No se trata aquí ni de un documental ni de un panfleto político ni de una confesión de fe. Pero, se hable de lo que se hable, se habla siempre de la libertad de hablar.

Desde la aparición de *La vía láctea* de Buñuel —allá por 1968— yo buscaba una oportunidad para retomar, de otra manera, el más antiguo y temible de los temas, el de "yo poseo la verdad". *Credo* nació de un hecho distinto, contemporáneo, y de un mediocre libro del siglo pasado. Una de esas coincidencias que salpican la historia chica a falta de no poder modificar la grande.

Jean-Claude Carrière

Un hombre aún joven —cuarenta o cuarenta y cinco años— avanza por el corredor de una repartición oficial. El corredor tiene, de un lado, vidrios que dan sobre un jardín, apenas visible, y sobre una calle más alejada. En la pared opuesta se ven, entre las puertas, paneles en los que están fijos dos papeles, avisos y anuncios.

Un policía de uniforme gris acompaña al hombre que avanza. En una vuelta del corredor, éste se detiene, no sabiendo a dónde dirigirse. El policía le señala con el dedo una dirección y ambos prosiguen su camino.

Pasan ante una puerta a ambos

lados de la cual esperan sentados en sendas sillas dos hombres y una mujer.

Uno de los hombres conversa en voz baja con la mujer. El otro lee un libro de bolsillo. El que avanza en compañía del policía está correctamente vestido. Sus cabellos son cortos y usa corbata. Hay pulcritud en toda su persona. Sin duda un hombre culto y bien ubicado socialmente.

En alguna parte del corredor hay un busto de Karl Marx.

Al llegar al final del corredor los dos hombres se detienen ante una puerta. El policía le hace señas al hombre de que espere un poco y llama a la puerta. Entra y la cierra tras de sí, dejando solo a su acompañante.

Este se aproxima a la pared con vidrios y mira un instante hacia afuera.

Ante los edificios oficiales ve un jardín arbolado y, más lejos, la calle.

Es una imagen neutra, más bien

agradable, que evoca la Europa del Este. Se ven algunos niños jugando en el jardín y, en la calle, algunos automóviles.

El policía sale de la oficina y le dice al hombre que puede entrar. Lo llama "profesor".

Este vuelve lentamente —casi demasiado lentamente— su rostro del jardín y de la calle. Pasa por la doble puerta.

El policía permanece en el corredor.

La oficina, bastante amplia, está esclarecida por dos ventanas. Las blancas cortinas que las cubren impiden ver el exterior. Al fondo hay otra puerta.

Un hombre, que por toda su actitud proclama hallarse en su oficina, se levanta y se acerca a recibir al recién llegado diciéndole sin darle la mano:

—Comisario Platna: Siéntese, le ruego. Le agradezco que haya venido.

Señala una silla delante de su escritorio. El profesor se sienta en ella y mientras el comisario hace otro tanto en la suya y abre una carpeta, él echa una ojeada a su alrededor. La habitación contiene armarios metálicos, un pequeño escritorio para secretaria, muchas sillas y un perchero. Lo más extraño es la presencia de otro escritorio vacío, que forma un ángulo recto con el del comisario.

En las paredes dos retratos, uno de Marx, otro de Lenín. Ambos ubicados a la misma altura.

El resto de la decoración es común y sin relieve: una fotografía enmarcada de un desfile en la plaza Roja, una escena de cosecha y un paisaje montañés.

El comisario estudia el expediente.

El hombre sentado se concentra, se esfuerza por respirar normalmente.

Llaman a la puerta. Entra una mujer joven, enrojecida y sofocada que dice:

—Perdónenme. Perdí un ómnibus.

El comisario no le responde.

Ella cuelga rápidamente su capa y se ubica ante el pequeño escritorio, con un block para taquigrafía en la mano. No mira ni una sola vez al hombre que, sentado, espera.

El comisario le pregunta a éste:

—¿Usted se llama Lenski? ¿Alejandro Lenski?

—Exacto.

—Usted tiene cuarenta y dos años y es profesor de sociología comparada en la Universidad.

—Sí.

—¿Qué edad tienen sus alumnos?

—Entre dieciocho y veintitrés años.

El comisario añade, cotejando las notas:

—Casado, dos hijos, un automóvil. Aparentemente sus superiores están muy satisfechos con usted. ¿Vive aún su madre?

—Sí.

—¿Ha jugado usted al fútbol?

—Sí. En el equipo de la Universidad.

—Usted se interesa por el cine y el remo?

—También toco la flauta.

—Ya veo.

Detrás del comisario, la secretaria toma notas, recuperando, poco a poco, su respiración normal.

El comisario abre un cajón y saca dos objetos que coloca delante de sí, sobre el escritorio. Uno de esos objetos es un misal, un misal bastante viejo. El otro es un rosario que termina en una pequeña cruz:

—¿Reconoce estos objetos?

El profesor los observa un instante y responde sin dificultad:

—Sí.

—Fueron hallados en su casa, en su escritorio.

—Noté que habían desaparecido.

—¿Admite, por lo tanto, que le pertenecen?

—Sí. Son míos.

—¿Los posee a título de curiosidad, de antigüedades o les otorga un cierto valor?

Dos segundos de duda y el profesor responde:

—Les otorgo cierto valor.

—Le hago una pregunta muy sencilla. ¿Usted cree en Dios?

—Sí, señor comisario.

Por primera vez la secretaria levanta los ojos del papel y mira al profesor:

Este prosigue de inmediato:

—No está prohibido. ¿No es cierto?

—No, no lo está. Sería absurdo prohibirlo.

Tras un breve silencio, el comisario prosigue:

—Otra pregunta. ¿Es usted cristiano?

—Soy católico.

—¿Quiere decir que sigue los preceptos de la fe católica?

—Sí. ¿Es ésa la razón de mi permanencia aquí?

—¿Tendría otro motivo para estar ante mí?

—No, que yo sepa.

—Voy a decirle por qué está aquí. No está prohibido creer en Dios. En el dios que uno prefiera. Pero usted es un profesor, alguien que está en contacto directo con sus alumnos. Un profesor es un hombre público. Por lo tanto es, necesariamente, un ejemplo.

—Mis alumnos —responde el profesor Lenski— ignoran por completo mis convicciones. Me cuido especialmente de eso.

—¿Y en su casa? ¿Con su familia?

—También allí pongo especial cuidado.

—¿Hace mucho que cree en Dios?

—Desde mi niñez.

—¿Sus padres eran creyentes?

—Mi madre, sí.

—¿Y usted nunca tuvo dudas?

—Sí, en mi juventud. Pero desde hace unos quince años no dudo más.

En ese momento la puerta de la oficina se abre bruscamente y aparece una mujer.

Al entrar dice simplemente:

—Buenos días.

Sin sorprenderse de su presencia, el comisario le contesta:

—Buenos días. ¿Qué tal?

La recién llegada estrecha la mano del comisario y saluda a la secretaria. Lleva una bufanda alrededor de su cuello y la cuelga de un perchero diciendo.

—Estoy a punto de pescarme un resfrío.

Luego se quita su abrigo y lo cuelga, y señalando el escritorio que forma ángulo recto con el del comisario pregunta:

—¿Puedo ubicarme aquí?

—Te lo ruego.

Habiéndose sentado le pregunta al profesor.

—¿Usted es el profesor Lenski?

—Sí.

—Yo soy Olga Talberg, psicóloga. Cuando me hablaron de su caso, sentí un gran deseo de conocerlo.

La secretaria se levanta para entregarle las anotaciones que ha ido tomando hasta ese momento. Olga

saca los anteojos de su cartera.

—Gracias —dice amablemente.

Mientras recorre las notas taquigrafiadas, pregunta al profesor Lenski:

—¿No le molesta si converso un momento con usted?

—No, de ninguna manera.

—¿Esto no lo retrasará? ¿No tiene otra cosa que hacer?

Hay una nota de gravedad en la respuesta del profesor:

—Para hoy no tengo nada previsto.

La psicóloga deja los papeles y dice al profesor:

—Su caso me interesa de veras. Esa extraña necesidad de creer... Usted sabe, no se cree solamente en Dios. Hay personas que creen firmemente en los astros, por ejemplo. Creen que los planetas se vuelcan sobre sus cunas para decidir su destino. Esto es absurdo, usted lo sabe tan bien como yo y, no obstante, esas personas creen en su error tan profunda y apasionadamente como usted en Dios.

—También se puede creer en la suerte —comenta el profesor—. Creer en las ideas.

El diálogo se entabla con toda naturalidad, sin esfuerzo. Por supuesto, la psicóloga y el comisario han captado la alusión contenida en la palabra "ideas". Olga Talberg prosigue:

—¿Nota usted alguna diferencia fundamental entre esas creencias y la fe en Dios?

—Noto bastantes diferencias.

—¿Cuáles?

—La necesidad de probar, entre otras. Los que creen en los astros intentan siempre demostrar que esta puerilidad reposa sobre algo sólido. Citan cantidades de ejemplos. Yo no. Mi fe proviene de una certidumbre interior.

—Quizá —acota la psicóloga—. Pero yo los pongo a todos en una misma bolsa. Su certidumbre no es la mía. Póngase por un momento en mi lugar.

Por primera vez el profesor le sonríe mientras le dice:

—No me cuesta nada hacerlo. ¿Puede usted ponerse en el mío?

—No es tan sencillo —comenta ella—. Usted dice: certidumbre interior. Pase. Sin embargo, se han buscado pruebas para demostrar la existencia de Dios.

—En otra época, sí.

—¿Ya no se buscan?

—No sé. No es lo que a mí me interesa.

—Dios no se prueba, sino que se experimenta. ¿No es así?

—Sí.

—Voy a decirle lo que a mí me interesa —acota la psicóloga—. ¿Cómo un hombre como usted, inteligente, nacido y educado en una sociedad materialista, sociólogo y profesor, puede sucumbir ante una de las más viejas ilusiones del mundo?

—¿Usted está ahí para intentar convencerme de mi error?

—Estoy aquí para ayudarlo, si se da el caso.

—Se lo agradezco mucho —responde el profesor.

La psicóloga toma un pañuelo de su bolsillo y se suena la nariz.

El comisario, que fuma haciendo muecas, como si no se encontrara a gusto, retoma la palabra:

—Hay algo que no alcanzo a comprender. Usted cree en Dios. Pase. Otros muchos hacen lo mismo. Pero, ¿acepta usted todos los dogmas, la Santísima Trinidad, la Virgen María y todo el resto?

—Por supuesto.

—¿Para usted eso es la verdad? ¿La resurrección de Cristo, por ejemplo, es la verdad? ¿Lo son la Ascención, el Espíritu Santo, y qué sé yo cuántas otras cosas?

—Sí.

—Pero esta verdad fue decidida por los Concilios. ¡Por los hombres! ¡Fue una verdad puesta a votación! ¡En otra época! Es una verdad a medias, una verdad de compromiso, la mayor parte de las veces. ¿Y

usted acepta estas verdades pequeñitas del ayer?

—La verdad no es de ayer ni de hoy. Ella es la verdad. Esos hombres de los que usted habla estaban inspirados por Dios.

El comisario y la psicóloga intercambian una mirada. Parecen pensar que se encaran con un caso serio. La psicóloga retoma el interrogatorio, casi de inmediato, sin dejar respiro al profesor, quien se vuelve ya hacia un escritorio ya hacia el otro.

—¿Cree usted en la evolución? ¿En la evolución de las especies?

—Sí.

—El mundo cambia; usted no lo niega, ¿no?

—No.

—Ahora dígame, ¿cree en el progreso?

—En el progreso material, sí.

—Lo que le pregunto es esto: ¿Cree que la humanidad camina hacia adelante y que hoy es mejor que ayer?

Ambos están sumamente tensos y

muy atentos. Ninguno subestima al otro.

La psicóloga añade:

—Es una pregunta importante.

—Lo sé —acepta el profesor mientras reflexiona.

—Respóndame.

—Que la humanidad avanza, nos lo enseñan en la escuela. Nos resulta difícil afirmar lo contrario.

—Lo que yo quiero es su opinión personal, sincera.

—Sobre este punto no tengo opinión personal.

Por primera vez la psicóloga se molesta, o aparenta molestarse:

—¡Escúcheme! Yo le hago una pregunta precisa. ¿Hay progreso en las sociedades humanas? ¿Pertenece eso a la esencia de la humanidad? Usted, como sociólogo, tiene una opinión, ¡debe tener una opinión! ¡Y yo le ordeno que me la diga! ¿Está claro?

Respira, se calma y prosigue con otro tono:

—¿Qué le enseña la religión sobre eso?

—La religión nos dice que la humanidad se eleva irresistiblemente hacia Dios.

—Por consiguiente, hay un progreso, de alguna manera.

—Sí.

—Escuche. Sé que esta marcha hacia adelante no es rectilínea, sé que está plagada de crímenes, de retrocesos, de catástrofes, pero debe admitir que marchamos hacia alguna parte.

—Sí —responde Lenski sin hesitar.

—Muy bien. Ahora, olvídese del progreso material. Olvídese del ascenso hacia Dios. Respóndame simplemente: ¿cree que la humanidad es mejor hoy que en el pasado?

El profesor duda. La psicóloga añade con suavidad:

—Simplemente, respóndame simplemente.

El sacude ligeramente la cabeza antes de responder:

—No; no estoy seguro de que el corazón del hombre sea en estos

días mejor de lo que lo fue en otras épocas.

El comisario hace unas anotaciones. Suena el intercomunicador y se escucha una voz muy estridente...

El comisario responde:

—Hágalo entrar.

Casi de inmediato se abre una puerta y un policía uniformado introduce a un hombre un poco mayor que Lenski. Este parece sorprendido al verlo. Entre ambos cambian un saludo con la cabeza.

El comisario se dirige al recién llegado.

—Profesor Antonin, gracias por haber venido. Por supuesto, usted conoce al profesor Lenski, ¿no?

El recién llegado, que aparenta estar allí de mala gana, responde:

—Sí, somos colegas en la Universidad. . .

—¿Usted es profesor de. . .?

—De historia de las civilizaciones.

—Voy a plantearle una sola pregunta, a la que ruego me responda

con franqueza. ¿Sabe usted si el profesor Lenski, aquí presente, cree en Dios?

Sorprendido, el profesor Antonin —que evita la mirada de Lenski— titubea y se turba.

—Es decir. . . yo no sé. . . es. . .

—Responda; no tenga miedo. Según su opinión, ¿él cree en Dios, sí o no?

—Bueno. . . Sí, me parece que sí. . .

—¿Cómo se ha hecho esto manifiesto? —pregunta el comisario—. ¿Cómo lo supo usted?

—¡Oh, no sé!. . . Muy sencillamente. . .

—Díganoslo. Es muy importante.

—Un día, en la sala de profesores, él ordenaba unos documentos en su cajón. Yo me hallaba cerca y vi que tenía un misal a su lado.

El comisario toma el misal ubicado sobre su escritorio y se lo muestra preguntándole:

—¿Es éste?

—Sí. Puede ser. Eso me perturbó, pero no comenté nada. Otra vez, un

sábado, fuimos a visitar las nuevas salas del Museo, y al pasar frente a la iglesia de San Nicodemus vi que hacía discretamente la señal de la cruz.

—¿Qué más?

—¡Oh, nada! Fuera de los rumores que corren. . . Todo lo que se comenta. Se dice que lo han visto ir a misa a horas muy tempranas. Lo había visto un colega que hace footing.

—¿Y qué más?

—Nada, nada más.

—Ustedes, los profesores, ¿conversan entre sí de tanto en tanto?

—Por supuesto —responde el profesor Antonin.

—¿El no habla jamás de Dios?

—No, no lo recuerdo, pero habla. . .

—¿De qué?

El testigo mira confundido a Lenski —quien no le quita los ojos de encima— antes de responder:

—Habla de. . . del vacío espiritual de nuestro tiempo. . .; del misterio. . . Una vez citó a Descartes. . .

—¿Qué frase exactamente?

—"La incomparable belleza de esta inmensa luz".

—¿Y eso es todo? ¿No hay nada más?

—No, señor comisario.

El profesor Antonin saluda y se retira acompañado por el policía. Le dirige un saludo a Lenski. Olga Talberg le dice a éste:

—Usted ve. Lo que este colega sabe, lo saben todos sus colegas y sus alumnos.

—Y dirigiéndose al comisario, le pregunta:

—¿Se ha hecho una investigación bastante amplia?

El comisario le alcanza algunas hojas de papel sobre el escritorio; ella las toma, las recorre rápidamente con la vista y comenta:

—Esto no es secreto para nadie.

—Usted dijo que sólo quería conversar un poco —comenta Lenski.

—Sí, pero nosotros hacemos las cosas con toda seriedad.

—Para eso estamos aquí, preci-

samente —completa el comisario.

La psicóloga retoma la palabra:

—¡Hay tantos soñadores peligrosos en el mundo! Cada uno con su pedacito de verdad. Por la cual está dispuesto a morir o a matar.

El profesor sonríe y alza ligeramente sus hombros. Tales consideraciones le parecen excesivas.

Habla entonces el comisario:

—¿Admite que tenemos el derecho de interrogarlo?

—No comprendo lo que me quiere decir —responde Lenski.

—Usted vive en una sociedad dada, en un momento histórico concreto. Usted debe estar de acuerdo con esta sociedad, ¿lo admite?

—Sí.

—¿No tiene deseos revolucionarios o subversivos?

—Ninguno.

—¿Por lo tanto, tenemos derecho a interrogarlo?

—Sí.

Y Olga, a su vez:

—Esta sociedad lo ha elegido

como educador. Para formar a jóvenes espíritus. ¿Y qué es lo que vemos en el alma de este educador? Una perversión. Una perversión extravagante. ¿Comprende nuestra inquietud?

—Puedo fácilmente tranquilizarlo

—No, profesor —acota el comisario—. Para nosotros usted es peligroso. Tantos esfuerzos han sido realizados a través de varias generaciones a fin de liberar a nuestra juventud de las viejas creencias, causantes de tantos males, y usted, con el mal ejemplo que da, amenaza destruir todos estos esfuerzos, todos estos sacrificios. ¿Comprende?

—No —responde Lenski con franqueza.

La psicóloga se suaviza y con tono confidencial le dice:

—Usted se pregunta qué es lo que yo hago aquí. Bien, yo quiero ayudarlo a que se libere. Para que usted sea usted auténticamente. Quiero explicarle por qué usted cree o, mejor dicho, por qué usted cree que cree.

—Usted no me enseñará gran cosa.

—¡Ah!,¿no?

—¡No! Sé más o menos cuanto se dice en su medio cultural.

—¿Por ejemplo? —pregunta Olga.

—He ojeado a Voltaire y a Renan. Sé que según Fenerbach es una "proyección de la subjetividad ilimitada del hombre". Que para Marx esta fe es un producto de mis condiciones socio-económicas de vida. Que, según Freud, es una ilusión infantil. . .

—¿Y usted rechaza todo eso en bloque?

—¡No! Al contrario. Desde su punto de vista se puede decir, inclusive, que todos estos pensadores tienen razón.

Sonrió,rápidamente,para añadir:

—Por lo demás, es Dios quien habla por sus bocas.

El comisario se sorprende:

—¿Usted quiere decir que Dios se expresa por boca de Marx?

—Por supuesto. Claro que respetando la libertad de Marx.

—De hecho —comentó la psicóloga—, lo que usted quiere decir es que la fe sobrepasa ampliamente toda especie de raciocinio, toda tentativa de definirla o de atacarla. ¿No es cierto?

—Eso es.

—¿La fe se siente, no se explica?

—Usted lo ha dicho.

—Sin embargo, los teólogos han procurado en gran forma armonizar la razón y la fe.

—Por supuesto. Dios nos ha dado la inteligencia y nosotros debemos servirnos de ella. San Agustín dijo: "La inteligencia ama mucho".

—Sometiéndola a la fe —acota Olga.

—No; procurando elevarla hasta la fe.

El comisario pregunta, interrumpiendo:

—¿Por qué cree usted?

—Si procuro explicárselo —contesta el profesor—, creo en Dios porque no hallo en ninguna parte respuesta a las preguntas que me hago.

—¿Qué preguntas? —interviene Olga.

Lenski reflexiona un instante.

—La naturaleza y el sentido de mi vida; de mi condición y preguntas aun más científicas: la composición de la materia, de la energía; la forma y la dimensión del universo. Hablo con mis colegas, profesores de ciencia. No veo clara ninguna respuesta fuera de la fe.

—Algún día —dice el comisario— la habrá.

—Por el momento son más las preguntas que se hace la ciencia que sus respuestas.

La psicóloga parece molesta y decepcionada por esa contestación. Le dice a Lenski:

—Procuro comprenderlo; pero es difícil. Usted no sale de sí mismo. Usted se encierra en un "a priori". Y lo que a mí me preocupa es un peligro concreto: el contagio a su alrededor. De eso tenemos que hablar. Para eso usted está aquí. Y usted nos responde: Yo creo porque creo. Señoras y señores, conténtense

con eso porque no tendrán otra respuesta. Profesor Lenski, usted que aprecia la inteligencia, puede darse cuenta de que me es imposible aceptar semejante argumento.

—No tengo otro.

—Antiguamente se decía —prosigue Olga—, si mal no recuerdo: Dios es un misterio infinito, por lo tanto es divino. El no ha podido ser inventado por los hombres. Creo porque es absurdo. Un absurdo que carece de sentido, que nos sobrepasa, y que, por consiguiente, proviene de Dios. Estos argumentos carecen de fundamento y usted lo sabe muy bien. Hoy, delante de todo este bazar, se dice simplemente: ¡Esto es absurdo, completamente absurdo! ¡Cristo sentado a la derecha del Padre, que vendrá a juzgar a vivos y a muertos! ¡Cómo un hombre como usted puede creer en semejantes pamplinas!

El comisario le pregunta al profesor:

—¿Quiere un té?

—Con mucho gusto.

—¿Y tú? —le dice a la psicóloga.

Ella afirma con la cabeza. El comisario se vuelve a Lenski.

—¿Con azúcar o sin ella?

—Con azúcar, si es tan amable.

El comisario interroga a su secretaria. Ella no quiere té.

—Tres tes con azúcar —pide el comisario por el intercomunicador.

En el silencio que sigue, el profesor dice de pronto:

—Experimento una extraña sensación.

—¿Cuál? —pregunta Platna.

—Me parece que ustedes me miran como a un extranjero, casi como a un monstruo.

Los otros dos lo escuchan sin responder. El continúa:

—Y, sin embargo, somos de la misma carne y la misma sangre.

Se calla un instante, como si esperara una respuesta y luego añade:

—Quizá nuestro espíritu no es el mismo. ¿Por qué se sorprenden de que yo crea? ¿He cometido un cri-

men? ¿Pertenezco a otra raza, a otro planeta?

Llaman a la puerta.

—¡Adelante! —dice el comisario.

Entra el mismo policía de uniforme gris, llevando tres vasos de cartón sobre una bandeja.

—Gracias, déjelos ahí —dice Platna.

El policía deposita la bandeja sobre el escritorio del comisario. Este se levanta y entrega sendos vasos a la psicóloga y al profesor.

El policía susurra algo en voz baja al comisario. Este responde con un gesto, como indicándole que haga pasar a alguien.

La luz del día comienza a disminuir y la secretaria pregunta:

—¿Puedo encender una lámpara?

—Por supuesto.

La joven enciende una luz que está sobre su propio escritorio. Lenski retoma la palabra:

—Ustedes aún no me han respondido.

Una mujer y una niña de aproximadamente unos diez años entran en la oficina, acompañadas por el policía.

Cuando las ve, Lenski no puede ocultar un gesto de sorpresa.

El comisario hace señas al policía para que acerque una silla y dice a la mujer:

—Buenas tardes, señora. Soy el comisario Platna. Le agradezco que haya venido. Hágame el favor de sentarse.

La mujer intercambia una mirada con el profesor y se sienta. La niña permanece de pie, junto a la silla.

—¿Gusta un té? —pregunta el comisario a la mujer.

—No, gracias.

El policía que se halla detrás del profesor Lenski y de los nuevos testigos pregunta por señas al comisario si debe retirarse o permanecer allí.

El comisario, tras hacerle señas de que permanezca, retoma su interrogatorio:

—¿Usted es la señora Lenski?

—Sí.

Platna se pone a revisar los expedientes.

—¿Cuánto hace que está casada?

—Doce años.

—¿Dos hijos?

—Sí. Pero el otro es un bebé y lo dejé en casa de mi madre. Sólo he traído a Sonia.

—Muy bien, señora Lenski. ¿Usted sabe por qué estamos interrogando a su marido?

—No, señor comisario.

—Pienso que no se trata de algo grave. Es sólo una formalidad. Al menos eso es lo que espero. Por eso le pido que me responda con toda sinceridad.

—Sí.

Ella acaba de ver el misal y el rosario que están sobre el escritorio del comisario, pero finge no haberlos visto.

—Señora Lenski, ¿usted cree en Dios?

—No.

—¿Es verdad? ¿Puedo creerle?

—Sí, puede creerme.

—¿Jamás creyó?

—Jamás. Nadie en mi familia creyó en eso.

El comisario verifica algo en sus papeles.

Durante ese tiempo, la señora Lenski echa una mirada a su esposo. El profesor observa a su mujer con una especie de curiosidad, mientras sostiene en la mano el vaso de té.

Levantando la cabeza, el comisario pregunta a la señora:

—Ahora, dígame: ¿su marido cree en Dios?

—Yo. . . yo no lo sé.

—¿El no le habla nunca de eso?

—Nunca.

—¿Y usted no ha notado nada?

—¿Qué, por ejemplo?

El comisario le muestra el misal y el rosario.

—¿Conoce estos objetos?

—Sí.

—¿Pertenecen a su marido?

—Sí, eso creo.

—Lo ha reconocido él mismo. Muy simplemente. Aún una vez. . .

Se interrumpe en medio de su frase para beber un sorbo de té. Luego fija agudamente sus ojos sobre la mujer.

Ella no pestañea; espera.

—Aun una vez más, no tenga ningún temor. Se trata de un interrogatorio de pura formalidad. Señora Lenski, ¿es feliz en su hogar?

—Pero. . . sí; soy muy feliz.

—¿Ningún problema serio con su marido?

Mientras hace esta pregunta coteja con el expediente, como dejando entrever que está al tanto de ciertas cosas.

La mujer sólo se turba ligeramente. Responde con una breve sonrisa:

—No. . . Algunas pequeñas disputas. . . algunas. . . pero nada grave.

—¿Por qué causa estas pequeñas disputas?

—¡Oh! A propósito de. . . mi madre; de la televisión. . .

—¿Jamás por asuntos políticos?

—¡Oh, no! ¡Jamás!

El comisario siguió preguntando:

—¿Se casó por amor?

—Sí.

—¿Y no lo lamenta?

—De ninguna manera.

La mujer se distiende e incluso sonríe. El ambiente se hace más inquietante, más tenso cuando el comisario le pregunta:

—Bueno, señora Lenski; usted lleva doce años de casada: Usted debe haber notado ciertas costumbres en su marido. . .

—Sí, por supuesto.

—¿Acaso los domingos se levanta temprano?

—Sí, bastante temprano.

—¿Sabe usted por qué?

—No. . . quizá para. . .

La mujer se turba, busca la palabra. El comisario Platna acude en su ayuda:

—¿Para ir a misa?

—Puede ser.

El comisario revisa de nuevo sus papeles y toma un expediente de varias páginas que presenta a la mujer del profesor.

—Sabemos con precisión cuántas veces él va a misa, cuántas se confiesa y comulga. Lo que nos interesa no es lo que cree su marido —en el fondo es libre— sino saber cómo se manifiestan sus creencias. Si son visibles, de qué manera lo son. Si, por ejemplo, habla de ello a su alrededor. A usted, a sus hijos. . .

—No, nunca habla de eso.

—¿No recita sus plegarias a la mañana, en su casa?

—Sí, pero. . .

Titubea, renuncia a mirar a su esposo y finalmente dice:

—Solo, en la sala de baño.

El comisario insiste:

—¿Celebran ustedes la Navidad?

—Sí, un poco. . . Hacemos regalos a los niños. . . Como todo el mundo. . .

—¿Su marido no intentó nunca convertirla? ¿Nunca le propuso que lo acompañara a la iglesia?

—Una vez, hace mucho, al comienzo de nuestro matrimonio. Pero no ha vuelto a insistir; sabe que no me interesa.

—Cuando reciben amigos, ¿no hace ninguna alusión?

—Ninguna.

—¿De qué habla él?

—Habla de su trabajo, de sus lecturas, de cine, de música. . .

—¿Jamás de su fe en Dios?

—¡Oh, no, jamás! Por lo demás. . .

Esta vez se vuelve hacia su esposo, quien la observa muy atentamente y añade:

—Por lo demás no creo que lo tome muy en serio. . ., más bien es una costumbre.

—Ya veo.

Nada indica que el comisario haya finalizado su interrogatorio, no obstante lo cual, la psicóloga toma la palabra y le pregunta directamente a la niña:

—¿Tú te llamas Sonia?

—Sí, señora.

—Yo también tengo una hijita. Se llama Natacha. ¿Qué edad tienes tú?

—Diez años.

—Acércate un poquito, Sonia, quiero preguntarte algo.

La niña titubea y se apretuja, temerosa, contra su madre.

La psicóloga insiste:

—Ven, no tengas miedo.

La señora Lenski empuja con suavidad a su hija diciéndole:

—Ve. . ., ve con la señora.

Temerosa, la niña se separa de su madre y camina hacia Olga, quien le dice, apartándose un poco del escritorio:

—Da la vuelta y ven aquí.

La niña obedece, se aproxima y permanece de pie al lado de la psicóloga, quien, sonriente, le coloca una mano sobre el hombro.

—¿Qué tal tu trabajo en la escuela? ¿Te va bien?

—Sí, señora.

—¿Estás contenta con tus profesores?

—Sí, muy contenta.

—Y en casa, ¿todo anda bien? ¿Quieres a tus padres?

—¡Oh, sí, señora!

—Dime una cosa: ¿Tu papá te

habla de Dios algunas veces?

Sonia duda un instante, como si no comprendiese muy bien la pregunta, busca la mirada de sus padres. Luego, moviendo la cabeza, contesta:

—No. . .

—¿Estás segura? Aquí, tú sabes, no se debe mentir; está prohibido.

La niña niega de nuevo con la cabeza sin decir palabra.

La psicóloga le pregunta:

—¿El no te muestra un libro con imágenes?

Y tiende la mano hacia el comisario que le alcanza el misal, antes de preguntar de nuevo a Sonia:

—Por ejemplo, ¿nunca te mostró este libro?

Sonia titubea y después, con voz apenas audible, admite:

—Sí. . .

Esta vez ya es demasiado para el profesor Lenski. Perdiendo bruscamente su calma se levanta y se acerca al escritorio de la psicóloga.

—Pero, ¿qué métodos son estos? ¿Hasta dónde piensan llegar? ¿Qué

es lo que pretenden hacerle decir?

El policía, parado junto a la puerta, se levanta dispuesto a intervenir.

El comisario se lo impide con un gesto rápido.

Muy serena, la psicóloga levanta su mirada hacia el profesor:

—¿Qué es lo que quiero hacerle decir? La verdad, muy simplemente. No busco otra cosa que la verdad.

Y, mientras el profesor permanece de pie, ella se vuelve hacia la niña:

—Entonces, respóndeme Sonia: Tu papá te ha mostrado este libro, ¿no es cierto?

—Sí. . .

—Y mientras te lo mostraba, sin duda, debió hablarte de Dios y de la Virgen, ¿no?

—Sí, puede ser. . .

—¿Y tú qué pensabas de lo que él te decía?

—Yo me aburría. . .

La respuesta sorprende un tanto a la psicóloga y durante unos segun-

dos no sabe qué decir.

Luego prosigue sonriendo:

—Tienes razón. Te agradezco mucho. Has sido muy gentil. ¡Gracias! Puedes irte.

Con un gesto tierno, despide a la niña que regresa junto a su madre. Esta pregunta al comisario:

—¿Ha terminado ya?

El comisario intercambia una mirada con la psicóloga y le responde:

—Para ustedes, sí.

—¿Puedo partir?

La psicóloga interviene:

—Usted puede partir, pero también quedarse, como lo desee.

Se percibe, en este cable tendido, que la posible presencia de esta mujer en quien ella intuye, quizá, a una aliada, interesa a la psicóloga.

La señora Lenski se levanta, se vuelve hacia su marido y le pregunta:

—¿Prefieres que me quede?

—Como tú quieras. Lo que tú prefieras es lo que yo quiero.

—Quisiera quedarme un rato.

—Muy bien —dice el comisario—. Siéntese allá.

Hace una señal al policía, quien toma la silla donde había estado sentada la señora Lenski y la ubica junto a la pared. Allí se sienta la mujer. La niña se ubica, muy seriecita, a su lado.

El policía enciende una segunda luz, no lejos de ellas. Afuera, a través de las cortinas de la ventana, aún se prolonga la tarde.

El comisario le dice al profesor:

—Tome su té. Se le va a enfriar.

—Sí, gracias.

—Profesor —interviene la psicóloga— me ha dolido tener que interrogar a su hijita pero era necesario. Ella me ha dicho lo que yo quería saber.

La secretaria, que descansaba un poco de tomar notas, retorna al trabajo.

El profesor bebe con rapidez su té. Todo indica que, tras esta pausa, la conversación va a ser continuada

y, esta vez, sin interrupciones.

La psicóloga:

—Lo lamentable en las personas como usted es que siempre quieren transmitir sus ideas, intentan convencer y procuran convertir.

—Se equivoca —dice Lenski.

—No, no me equivoco. La prueba: su hijita. Y lo que usted hace con ella, sin duda, lo repite con otros.

—No.

—Sí. Con sus estudiantes, con sus amigos. Inclusive con desconocidos con los que se cruza.

Lenski levanta el tono de su voz:

—¡Le digo que no!

—Señor Lenski, no es el primero de su especie con quien tropiezo. La fe es algo que debe participarse, que tiende a comunicarse. Está en su misma esencia. Usted no puede menos que transmitir, a su alrededor, esta mala semilla que tanto nos ha costado eliminar.

El profesor trata de frenar su agitación y pregunta:

—¿Puedo saber algo?

—Para eso estoy aquí —dice Olga.

—¿Por qué es mala esta semilla?

—¿Realmente quiere que le responda?

—Sí. Tengo muchos deseos de oírla.

—¿Por qué?

—Con frecuencia he oído atacar la religión. Pero me pareció siempre que esos ataques se referían a una religión del pasado, que ya no existe, o bien a formas exteriores, políticas o militares de la religión. Lo que querría conocer, de manera precisa, son los peligros que trae la fe.

—Antes de responder a su pregunta, quiero, a mi vez, preguntarle algo:

—¿Sí?

—¿Usted piensa que sea posible convencerlo de su error?

El profesor, sorprendido, reflexiona. La psicóloga añade:

—Le repito mi pregunta, es fundamental: ¿piensa usted que nuestro diálogo sirve para algo? ¿Qué puede conseguir que usted reflexione, que dude y quizás hasta lo

fuerce a cambiar de opinión? ¿O, por el contrario, juzga que todo esto es inútil y que, de todos modos, yo no tengo ninguna posibilidad de hacerlo cambiar a usted ni un ápice?

El profesor se siente realmente embarazado.

—Es difícil responderle.

La psicóloga insiste:

—Haga un esfuerzo. Estamos aquí para tratar de ver con claridad. Mírese en lo más profundo de sí mismo. Olvídese, por un momento, de su empecinamiento, de ese "a priori" que lo enceguece.

—No soy un empecinado; soy un convencido.

—Convencido de un error.

—Desde su óptica —dice Lenski.

Ambos se contemplan como adversarios antes de un ataque importante. La psicóloga toma la iniciativa, aparentemente benévola.

—Usted afirma que conoce los argumentos de no creyentes y que ellos lo dejan indiferente. Es posible. ¿Y si yo le propusiera otra

cosa? ¿Algunas palabras que lo tocaran aunque fuera un poco?

—¿Por ejemplo?

—No sé lo que voy a decirle. Improvisaré, hablaré sin orden, con el único objetivo de acudir en su ayuda. ¿Me cree esto?

—Sí.

—Pero quiero saber si tengo algnuna posibilidad. Quiero saber con qué atención me va a escuchar.

—La escucharé atentamente.

—¿Tendré, a mi vez, derecho a responderle?

—Por supuesto —interviene el comisario.

—Profesor Lenski, entre todas las ilusiones que nos rodean y nos amenazan, las peores, desde todo punto de vista, son las que provienen de nuestro propio interior y que nos fabricamos en soledad. Aquellas que nos hacen creer en la realidad de un objeto que sólo existe en nuestra mente.

—Eso se llama alucinación.

—Exacto. Y nada es más difícil que librarse de ella.

—Yo no tengo nada de alucinado.

—¡Oh, no diga eso! No todos los alucinados tienen los ojos desorbitados y las manos temblorosas. Algunos pueden parecer serenos e inteligentes como usted. Estos, por lo demás, son los más tenaces.

Lenski sonríe, pero su sonrisa oculta una inquietud creciente. Pregunta:

—¿Mi apariencia juega contra mí?

—No digo eso —responde Olga—. Lo que afirmo es que ella no es prueba del buen estado de su mente. Su apariencia no está en su contra, pero no puedo fiarme de las apariencias. Y ahora, dígame una cosa: La fe es otorgada por Dios. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, por la gracia de Dios.

—En tal caso, ¿cómo se explica que se la dé a usted y me la rehuse a mí? ¿Cómo es que jamás, ni de lejos ni de cerca, yo fui tocada por la gracia de Dios? ¿O es que también aquí hay privilegiados?

—La fe no le ha sido escatimada.

Es usted quien no la quiere. Usted ha oído hablar de la Buena Nueva como todos los demás. Pero usted es libre de rechazarla.

—¿Por qué?

—Dios la ha creado libre. Usted puede decir "no".

—Pero, ¿por qué digo, no?

—No soy yo quien pueda responderle.

—Los dos somos seres vivientes. Ambos vemos las cosas con claridad y estamos llenos de la mejor voluntad del mundo. ¿Por qué esta oposición de nuestros corazones?

—No lo sé.

—¿Es necesaria esta diferencia? ¿Es esencial que existan extravagantes, disconformes, iluminados? ¿Hasta criminales?

—Conozco la pregunta pero ignoro la respuesta.

—¿A usted le basta con la fe? ¿Ella lo llena?

—Sí.

—¿Responde a todas sus preguntas?

—Y más aun: ella constituye mi

alegría. Con Dios todo es claro y el mundo es algo pleno. Sin El no comprendo nada y todo me parece un caos ingobernable.

—Sin embargo, usted y yo vivimos en el mismo mundo. Nosotros procuramos vivir en él buscándole una razón de ser, procurando que camine en la justicia. Para mí también todo es claro en la vida. Lo que hago y la razón por la que lo hago. Lo que me parece innoble es su huida, ese refugio que usted busca en los brazos de Dios. Y cuando yo le pregunto: ¿por qué usted y yo no estamos iluminados por la misma luz?, su respuesta es "no lo sé". Si lo apuro un poco, terminará diciéndome que los designios de Dios son impenetrables, lo que —entre nosotros— es una respuesta harto cómoda y bastante vacía.

—Sin embargo, es la única posible.

La psicóloga le pide:

—Explíqueme eso.

—Dios está mucho más allá de

nuestro espíritu. Ni siquiera podemos soñar con alcanzarlo, al menos en esta Tierra. El es dueño del tiempo y del espacio; todo lo puede. Es la sombra y la luz, la cerradura y la llave. Puede hacer de mí un impío y de usted un apóstol. Pero no lo hace. Ignoramos cuál es su punto de vista. Incluso ignoramos si lo tiene. La fe es una mano tendida. Uno puede aceptarla o rechazarla. Si ella se impusiera a los hombres con absoluta evidencia, si Dios fuera visible, ¿qué mérito habría en creer?

—¿Se trata entonces de un acto meritorio? —pregunta Olga.

—Por supuesto.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que merecemos?

—Nuestra salvación en la vida eterna.

El comisario interrumpe vivamente el diálogo.

—Ya llegamos a eso.

La psicóloga se vuelve hacia el comisario y le pregunta:

—¿Qué es lo que dices?

—Yo dije: Ya llegamos a eso. A la salvación. Porque nacimos enfermos, Olga, y deberías saberlo. Tú y yo, sí, desde la cuna. Y lo mismo los demás. Dios nos creó pero nos engañó desde el principio. ¡Y condenados, sí, y pobres pecadores. . ., eso somos!

—Sí, —confirma la psicóloga—. Y por eso, profesor Lenski, la Iglesia es una institución esencialmente reaccionaria. Siempre del lado de la opresión, de la inmovilidad, de la reacción. Y esto, ya desde San Agustín, porque ella proclama que el hombre nace malo.

—Si el hombre es malo por naturaleza —dice a su vez el comisario— entonces se hacen necesarias una religión y leyes, para corregirlo y castigarlo.

Lenski grita:

—¡Pero también ustedes establecen leyes!

Ni el comisario ni la psicóloga prestan atención a la frase y Olga prosigue:

—Cuando uno cree en Dios, des-

precia al hombre. Al afirmar que el hombre es malo y que pasamos la vida en un valle de lágrimas convertimos toda duda y todo avance en un imposible. Y esto es tan claro que desde que se despliegan las grandes esperanzas de los tiempos modernos, la Iglesia ha entrado en agonía.

—¿Qué esperanzas? —pregunta Lenski.

—Usted las conoce tanto como nosotros.

—La sola gran esperanza —responde el profesor— es alcanzar un día el reino de Dios sobre la Tierra.

—Cálmese, profesor —le dice Olga—. Este tipo de afirmación podría interpretarse mal.

El comisario ordena a su secretaria:

—Tache su última respuesta.

La joven traza una línea sobre el papel. El comisario le pregunta:

—¿Puede seguirnos?

—Tengo alguna dificultad con los nombres propios.

—Nada grave.

Lenski retoma, por propia iniciativa, la conversación:

—Hay algo que no puedo aceptar.

—¿Qué? —pregunta el comisario.

—Esta acusación de que desprecio al hombre. Es todo lo contrario. No se puede amar a Dios sin amar al hombre y viceversa. Estos dos amores no hacen sino uno solo.

—¡Ni que estuviéramos en un sermón! —dice el comisario.

Y la psicóloga añade:

—Sea prudente, profesor, prudente y sereno. Y evítenos la prédica.

—Y ustedes —exclama Lenski— evítenme las ideas preestablecidas.

—Haré lo que esté de mi parte, se lo prometo. Pero, en lo que me concierne, le diré que no hablo de la verdad, sino de la necesidad histórica del socialismo.

—Me parecía haberlo señalado.

—Se trata del resultado de mis reflexiones y razonamientos, no de un acto de fe.

—Es usted quien lo afirma.

—Sí, pero estoy abierta a la dis-

cusión; no me obstino como usted. No vivo encerrada en mí misma. Si usted me habla, lo escucharé.

—No tengo el menor deseo de convencerla.

—¡Qué pena!

Tras estas palabras, Olga cambia de tono y pregunta:

—¿Según usted el mundo está ordenado por Dios?

—Sí.

—¿El cosmos, el curso de las estrellas y hasta la misteriosa actividad de nuestras células?

—Sí.

—¿Las estaciones, el vuelo de las aves, la subida de la savia y la sucesión de los imperios?

—Sí, todo.

El comisario prosigue con la enumeración:

—¿Las guerras, los accidentes, las epidemias, los millones de niños que mueren de hambre, todo eso está ordenado por Dios?

—Sin duda...

—¿Y usted está de acuerdo? ¿Le parece admirable este orden?

—Todo conduce al reino de Dios. Están dadas las condiciones necesarias. Pero el hombre es libre de ensangrentar la Tierra.

Olga pregunta al profesor:

—¿Por qué Dios nos impone la desgracia?

—El no nos impone nada.

—¿Y la violencia? —pregunta el comisario—. ¿Y la miseria? ¿Por qué existen?

—¿Por qué son posibles? —completa Olga.

Lenski sólo tiene una respuesta:

—No lo sé.

Olga continúa:

—Este caos innoble, como usted mismo lo llama, ¿no lo tiene a Dios por responsable?

—No.

—¿Sólo lo son los hombres? —pregunta Platna.

—Sólo los hombres, porque han olvidado la palabra de Dios.

—¿Y qué piensa de los que luchan contra este caos? —pregunta Olga.

—Los admiro y cuando puedo los ayudo. Pero para ustedes todo se

juega en el interior de la historia. Para mí todo conduce a otra vida. Su accionar, por ejemplo, me parece muy legítimo porque ustedes deben hacer vivir un Estado, pero Cristo ha dicho: "Mi reino no es de este mundo". Los dramas de la Tierra no son sino un camino necesario.

Olga propone una nueva cuestión:

—¿Usted cree que hay otra vida después de ésta de aquí?

—Sí, lo creo con toda firmeza.

—Un paréntesis, profesor. ¿Cree usted en el fin de los tiempos? ¿Cree que el fin del mundo está próximo?

—Para un cristiano el fin del mundo siempre está próximo. En cualquier momento debe estar preparado para recibirlo.

—En ralidad, digámoslo. ¿El apocalipsis puede ser mañana?

—Para Dios "mañana" no significa nada. Mañana es, quizá, dentro de mil millones de años. Quizá dentro de dos segundos. Quizá fue ayer.

—¿El fin del mundo estaría, en-

tonces, detrás de nosotros?

—Es posible.

—Pero si ya está atrás —pregunta Olga, ¿qué tiempo nos queda?

—Jamás tenemos tiempo —responde Lenski—, el tiempo no existe. Dios es la totalidad del tiempo.

Olga pregunta entonces:

—¿Eso es Dios?

—Lo ignoro.

—La guerra, los árboles que mueren, la tierra despedazada, los océanos contaminados, las estaciones alteradas, ¿todo eso es Dios?

—Sí.

—¿Y El va a destruir lo que ha creado?

—El lo ha dicho. El ha otorgado al hombre el poder de aniquilar su creación.

—¿Por qué?

—No puedo conocer su voluntad.

—¡De nuevo en lo mismo! —comenta el comisario.

—Y la palabra responsable, para Dios carece de sentido —añade Lenski.

Olga prosigue por un desvío:

—Profesor, durante mucho tiempo, la fe paralizó la ciencia. Usted lo sabe. Si se empieza afirmando "Dios lo ha dispuesto todo en el universo y El solo conoce sus leyes" se bloquea todo espíritu de investigación y todo progreso cognoscitivo.

—Lo que equivale a permanecer en el pozo como una bestia —comenta el comisario.

—Y repetir de la mañana a la noche: todo es oscuro, todo es secreto. Pero, al mismo tiempo, usted nos dice: Es menester amar la inteligencia. ¿En qué quedamos?

—¿Hay o no que comprender?

Acosado por los dos interrogadores, el profesor Lenski da señales de nerviosidad y de fatiga.

Lejos de aprovecharse de este cansancio, el comisario y la psicóloga hacen una pausa.

La psicóloga se vuelve a la secretaria y le dice:

—No transcriba lo que voy a decir.

La secretaria baja la cabeza asin-

tiendo y aprovecha el descanso para mirar directamente la hora en su reloj.

La psicóloga se dirige al profesor con un tono totalmente diferente, casi confidencial:

—Desde pequeñita yo milito en el socialismo. Mis padres murieron los dos en un campo nazi. Yo estaba con ellos pero me libré. Desde entonces he trabajado y reflexionado mucho. Lo que yo creo, en el fondo, es muy simple: la humanidad avanza, estoy segura, y nuestro socialismo es una etapa necesaria en esta marcha. No le digo que sea la verdad definitiva y el último fin. Este no lo conozco. Por lo demás, todo nos lleva a creer que algún día no estaremos más aquí y que la Tierra no será sino un astro muerto rodando en el espacio. Mientras esto llega, hay que hacer lo mejor posible todo. Y lo mejor posible, hoy, es el socialismo. Un punto en esa marcha; eso es todo.

El profesor Lenski responde:

—Yo jamás me opuse al socialismo.

—¿Cree que no? —pregunta el comisario.

—Estoy seguro.

—Escúcheme —dice la psicóloga. Usted vive en una sociedad moderna y consciente. En una sociedad que cree en la claridad de juicio, en la justicia social y en la cultura. Que procura fortalecer al individuo integrándolo a sólidos grupos sociales. ¡Y usted viene a decirnos que cree en Dios! ¡Que todo es oscuro! ¡Que la felicidad no es para esta Tierra! ¿Se da cuenta de lo que dice?

—¡Yo no he dicho tal cosa!

El comisario alza la voz:

—Usted se opone a cuanto defiende el socialismo. ¡Usted niega todo!

—Pero. . . ¡No!

—¡Pero, sí! —asegura Platna.

Olga Talberg pregunta al profesor:

—¿No fue Cristo quien dijo "El

que no está conmigo está contra mí"? ¿Entonces?

—No es el único que ha dicho eso.

La secretaria se inclina hacia el comisario y le dice en voz baja:

—¿Empiezo de nuevo a transcribir?

—Por supuesto.

La psicóloga pronuncia, casi de inmediato, una frase que el profesor no esperaba.

—Además quiero decirle una cosa: es cobarde.

—¿Cobarde?

—El comisario aprovecha la ocasión:

—Sí, creer en Dios, en la actualidad, es rehusar a comprometerse. Es una claudicación total. Observe al Papa: pase lo que pase en el mundo, ¿qué es lo que dice? "Roguemos, mis hermanos. Pongámonos en las manos de Dios". Esa es la verdadera cobardía. El verdadero achicamiento. Es como decir: no hay solución sobre esta Tierra.

—Yo jamás he dicho tal cosa.

—¡Jamás cesa de decirla de una u

otra manera! —exclama Olga.

El comisario se vuelve hacia el profesor:

—Lenski, míreme a mí.

Y le señala su escritorio, su lámpara y los objetos que lo rodean.

—No digo que yo sea un modelo: lejos de eso. Pero estoy aquí diez horas diarias, realizo lo mejor que puedo mi trabajo a fin de que las cosas marchen mejor o, al menos no tan mal. Es todo. Y lo hago para convertirme en un ser útil. ¿Me quiere decir qué haría yo con Dios en este escritorio? ¿Le pediría consejo en los casos difíciles? ¿Les haría recitar unas plegarias a los granujas?

—Eso podría ayudarlos.

—No se burle de mí.

—No me burlo. También yo hago mi trabajo y procuro prestar un servicio.

La psicóloga comenta por lo bajo:

—Sí, con segundas intenciones.

Lenski se vuelve hacia ella, que prosigue con calma y señalando con

la cabeza al comisario, dice:

—El tiene razón. Hay cobardía en su fe. Y aún más que eso: hay miedo. Presiento en usted una tendencia a lo oscuro, a lo secreto, a lo tenebroso. Para enfrentar un mundo sin Dios hay que tener valor y usted no lo tiene. En lo que usted cree es en el miedo. Dios lo reasegura. El asume las responsabilidades por usted. Es muy práctico. ¿De qué tiene miedo, profesor?

—¿Yo?

—¿Miedo de sus alumnos? ¿De su trabajo?

—De ninguna manera.

—¿Miedo de afrontar la vida cada día? ¿Miedo de abrir los ojos, cada mañana, al despertar?

—¡Pero, no!

—¿Miedo de la justicia? —pregunta Platna.

—¿Miedo de envejecer? —prosigue Olga— ¿Miedo de la enfermedad, de morir un día?

—Absolutamente, no.

—Contra todos estos miedos —continúa la psicóloga— Dios re-

sulta práctico. No se ha inventado nada mejor. Y le voy a decir más: usted le teme a su propia voluntad; ¿entiende lo que quiero decir?

El niega con la cabeza y ella prosigue:

—Como ser humano, en todo momento existe en usted la posibilidad de tener que tomar una decisión personal. Usted prefiere abdicar. Busca refugiarse en Dios, como un boxeador contra las cuerdas. Usted renuncia a toda lucha, a toda acción. Parapetado en su fe, usted dice: no creo en el progreso. Nadie puede cambiar el orden de las cosas; entonces ¿para qué preocuparse?

El comisario interviene, añadiendo:

—Créame Lenski, es fácil ser un mártir. Lo difícil es hacer lo que nosotros hacemos.

—Su fe es una prisión —dice Olga—. Usted es incapaz de ver el mundo más allá de su celda.

—¿Puedo llamarme prisionero —pregunta irónicamente Lenski—

si me siento libre?

—Olga Talberg ignora la pregunta y prosigue:

—¿Quiere conocer los peligros de la fe? Los tiene ante sus ojos. Usted vive en una ilusión que le impide ver el mundo tal cual es; que ridiculiza su inteligencia. Usted ha elegido la comodidad de la mentira. Es usted un ciego que discute sobre los colores.

El profesor replica de inmediato:

—Yo no veo los muros de lo que usted llama mi cárcel. Dios no me aprisiona, sino que me ensancha y me libera. El me hace respirar al ritmo del universo.

—No; creer en Dios es limitar al hombre, es rechazar el riesgo de vivir y la libertad. Es no ver cuánto de bueno, hermoso y fuerte hay en nuestra soledad. Dios es el fruto de la desdicha humana, de nuestro terror y de una vaguísima esperanza. El lo lleva a la debilidad y le impide actuar.

—Es exactamente lo contrario, pero ustedes no pueden compren-

derlo. ¡No pueden!

La psicóloga eleva el tono de su voz:

—¿Rechaza lo que le digo? ¿Lo rechaza o es incapaz de aceptarlo?

En ese momento suena el teléfono que está sobre el escritorio del comisario. Este levanta el tubo y se le oye decir:

—¿Hola?. . . Sí.

Y dirigiéndose a los presentes:

—Discúlpenme.

Parece ansioso. Dice:

—¿Ha llegado, pues el doctor?. . . Sí. . . ¿Qué es lo que ha dicho, exactamente?. . . ¿Piensa que hay que trasladarlo al hospital o se lo puede tener en la casa?

Apenas ha comenzado la conversación telefónica, la psicóloga se levanta, rodea su escritorio y dice al profesor Lenski:

—Venga, vamos a tomar un té.

Sorprendido, Lenski, titubea en seguirla.

Ella insiste:

—Le hará bien, venga.

Se decide a levantarse y la sigue. El comisario no les presta ninguna atención.

Antes de abandonar la oficina, Lenski hace una seña a su mujer y a su hija. Va a regresar.

Luego sigue a la psicóloga por el corredor.

La psicóloga le dice:

—Cierre la puerta.

El obedece.

Afuera cae la noche. El cielo aún está claro pero comienzan a encenderse las primeras luces en el jardín y en la calle. Se escucha el ruido casi continuo de los automóviles y algunos gritos infantiles.

La psicóloga conduce a Lenski hasta una máquina distribuidora de té. Mientras se sirven, ella le susurra:

—Me alegro de este paréntesis. Quiero decirle algo en privado; lejos de los micrófonos.

Ambos llenan sus vasos en silen-

cio. Ella le pregunta:

—¿Se da cuenta del riesgo que corre?

Y añade:

—Si usted se mantiene en lo suyo, ellos no lo dejarán partir.

El la mira sin decir nada.

Olga alza su vaso de té y sopla encima para enfriarlo. Se aparta de la máquina. Lenski la sigue y ella continúa:

—Bueno; diga que ha comprendido. Es por su interés. Dígale que lo he convencido. ¿Qué le cuesta? Se trata de una simple formalidad. Por lo demás, todo es formalidad en este asunto.

De pie, uno al lado del otro, contemplan vagamente la noche que cae.

Al fondo del corredor, un policía uniformado hace la ronda.

Respondiendo a la sugerencia de la psicóloga, el profesor dice con voz tranquila:

—Usted bien sabe que eso no es posible.

—¿Por qué? No sería usted el

primero que lo hace.

Y, como de nuevo él calla, añade:

—Usted desconfía de mí. Es normal. Pero le digo con toda sinceridad algo que debe creerme. Si se obstina, usted corre peligro.

Habla con voz acuciante, aparentemente sincera.

Lenski le dice sin mirarla:

—No van a encerrarme en la cárcel porque yo crea en Dios. No lo pueden hacer.

—No, pero pueden hacer otra cosa. Algo en lo que quizá usted no haya pensado.

La alusión es inquietante y no ha escapado al profesor quien le dice a Olga, mirándola:

—Su puesta en escena es transparente y me deja insensible. Supongo que todo estaba preparado, aun este entreacto y sus confidencias.

—Usted nos otorga demasiada astucia; demasiado cálculo. Todo le recuerda la Inquisición ¿no? A veces hasta yo lo pienso. Extirpar la mala hierba. . . Pero tranquilícese; no se

trata ni de prisión ni de tortura.

—¿De qué entonces?

Ella guarda silencio un momento, bebe un sorbo de té y luego dice:

—Se trata de curarlo a usted. De llevarlo a cierto lugar y curar su espíritu enfermo. Hay especialistas en eso y le aseguro que hacen milagros.

Lenski parece muy afectado por lo que acaba de escuchar.

A través del vidrio deja errar su mirada por el jardín y la calle.

La psicóloga insiste:

—¡Un pequeño renunciamiento pasajero y usted sale de aquí con su mujer y su niña!

Luego añade:

—No tengo nada más que decirle.

Se abre la puerta de la oficina; aparece la secretaria y pregunta:

—¿Pueden venir, por favor?

Antes de entrar, la psicóloga aconseja en voz baja al profesor:

—No renuncie demasiado de inmediato. Que no parezca que nos

hemos puesto de acuerdo. Espere un poco.

En la oficina, una sorpresa aguarda al profesor Lenski. Hay en ella dos nuevos personajes que lo saludan cuando entra. Se trata de dos sacerdotes, al menos es lo que se traduce a juzgar por sus trajes oscuros, sus alzacuellos blancos y las crucecitas que ostentan sus chaquetas. Uno es entrado en años (alrededor de los setenta) y sus cabellos son blancos. El otro es mucho más joven, de unos treinta años, rostro delgado y pálido, mirada brillante.

El comisario les presenta al profesor.

—Le presento al padre Sergio y al hermano Juan. Han aceptado hablarle. Siéntese.

El profesor toma asiento no sin contemplar con sorpresa a los sacerdotes. Estos lo saludan inclinando la cabeza y se ubican lado a lado, cerca del profesor.

El comisario dice a Lenski:

—Son verdaderos sacerdotes; no tema. Por un favor muy especial, ellos han oído cuanto nosotros llevamos dicho hasta ahora.

El profesor se vuelve hacia el padre Sergio quien le sonríe y le dice:

—Nosotros estábamos en una pieza vecina.

Todos se sientan, Lenski duda un momento en volver a ubicarse en su silla. El comisario repite:

—Siéntese.

Y Lenski obedece.

El anciano sacerdote le dice amigablemente:

—Usted ha dicho cosas apasionantes que nos han conmovido mucho. Es rarísimo encontrar una fe como la suya. Rarísimo y reconfortante.

Lenski le pregunta a boca de jarro:

—¿Ustedes están aquí para hacerme perder?

El viejo sacerdote se toma tiempo antes de responder con toda calma:

—No sé muy bien para qué estamos aquí. Estos locales no nos son muy gratos. Pero el señor comisario nos ha pedido; ¿cómo diría?. . . hacernos una consulta teológica.

—Exactamente —dice el comisario.

El sacerdote prosigue:

—No teníamos motivos para rehusarnos. Por supuesto, nuestra presencia le debe parecer extraña y yo mismo estoy sorprendido de encontrarme aquí. Pero, al saber quién era usted y su cargo en la Universidad, yo me dije: Vamos allá. El caso es raro y puede resultar interesante. Y en efecto, no me equivoqué.

Se detiene un momento, tose. Junto a él, el joven hermano permanece inmóvil, sin mirar nada, con los ojos tensos, casi dolorosos; después afirma:

—Sí, muy interesante. La señora lo ha atacado muy hábil y agudamente. Usted se ha defendido muy bien. A decir verdad, ninguno esperaba convencer al otro.

—¿Qué es lo que usted desea? —pregunta Lenski.

Sobre el rostro del viejo sacerdote todo es benevolencia y suavidad:

—Usted posee lo que se llama una fe de catecismo. O si prefiere: una fe a la antigua. Rígida y total. Me gustaría procurar precisarla un poco, si usted me lo permite. Usted sabe que potentes espíritus, a través del tiempo, han reflexionado, acerca de la noción de Dios. Quizá podría decirle algunas palabras a este propósito. Si usted me concede, digamos unos quince minutos. Lo que es bien poco para semejante asunto.

Lenski, siempre a la defensiva, pregunta:

—¿Usted no cree en Dios?

—¿Perdón?

El padre Sergio parece no haberlo escuchado y el profesor repite:

—¿Usted no cree en Dios?

—¿Cómo no habría de creer en Dios, yo, que soy su representante? Por supuesto: creo en Dios, pero querría decirle en qué Dios creo yo.

—¿Hay muchos dioses?

—Sí.

El sacerdote pregunta al comisario:

—¿Puedo comenzar?

—Cuando guste.

El padre Sergio se dirige a Lenski:

—Existe primero el Dios de los filósofos. No le diré nada de él porque ha terminado por desaparecer. Se lo había concebido de todas las formas, comprende, según los humores del momento. Con su esencia, con sus atributos. Recuerde todos esos retratos de Dios hechos por los hombres. Finalmente ha muerto. Ese Dios no existe más. ¡Gran alivio! Está también el Dios de los místicos, aquel al cual se llega en la soledad, al cabo de un camino con frecuencia oscuro y doloroso. El Dios del contacto directo, del cara a cara celestial. No le hablo de él; no es el suyo ni, por supuesto, el mío.

Nueva pausa y luego:

—Queda el otro; el suyo. . . y el

mío. En el que creemos.

Carraspea de nuevo y luego retoma el asunto siempre dirigiéndose al profesor:

—Lo escuchaba, hace un rato, cuando usted hablaba, bastante confusamente, de las relaciones entre la fe y la razón. Volvamos un poco a ello. La cuestión es la siguiente. ¿En el camino de la fe, nosotros comenzamos razonando, diciéndonos: ¿es necesario un Dios? ¿El impulso sentimental, indispensable en esto, no viene de inmediato? Dicho de otro modo. ¿La fe es hija de la razón? ¿O bien, por el contrario, todo comienza por una iluminación imprevista e inexplicable, que nos voltea como a San Pablo en el camino de Damasco y que sacude nuestro corazón? Vieja y ampliamente debatida cuestión. Estoy dispuesto a concederle que todo comienza por la fe, por esta evidencia repentina, que usted llama una mano tendida. Pero enseguida —y es inevitable— uno tiende a hacer coincidir esta fe ar-

diente con la razón. Ese fue el inmenso trabajo del gran Santo Tomás de Aquino, por ejemplo.

Se vuelve de pronto hacia el comisario y le dice:

—Y así es para toda fe: Primero se cree; después se justifica la creencia.

—Lo dispenso de sus alusiones —responde con severidad el comisario.

—Sin embargo, ellas son necesarias.

Imposible saber si la intempestiva agresión del anciano sacerdote es sincera o si se trata de una connivencia.

El comisario responde:

—Vivimos un proceso histórico que conduce inevitablemente al triunfo de nuestras ideas. Si creemos en algo es porque hemos tomado conciencia de este proceso.

La psicóloga lo apoya de inmediato:

—Nuestra fe, como usted dice, no ha brotado un buen día de la nada. Ella es fruto de nuestra razón. Al

contrario de la de ustedes.

El padre Sergio responde sin perder su calma:

—En muchas oportunidades los cristianos se creyeron la voz de la historia y hablaban exactamente igual que usted.

—Sí —dice Olga— hubo una época en la que la Iglesia era poderosa. Tenía toda la fuerza y quemaba a los herejes.

—Señora, no soy de aquellos que añoran esos tiempos y Dios no escribe un libro de historia. Añado algo más: Los tribunales del pasado se han dado vuelta. Hoy se acepta el poder de ustedes, poder que no tendrían si Dios no se los hubiese otorgado. Dios los ama tanto como a nosotros, si no más. Y como ustedes no saben lo que hacen, El los perdona.

—Usted se equivoca —le remarca el comisario.

—Tiene razón.

El padre Sergio continúa dirigiéndose a Lenski y a la psicóloga:

—Vuelvo sobre un punto que

juzgo esencial. Como ustedes dos han dicho, la inteligencia nos fue otorgada por Dios para comprenderlo, analizarlo y desafiarlo todo. Ningún territorio está vedado a esta inteligencia, ni siquiera el de la fe. Al mismo tiempo noten bien el primer peligro. La fe, cuando comienzo a analizarla, pierde su novedad, su evidencia, su potente luz interior. Santo Tomás abre la puerta a los razonadores, a los que gustan de cortar en cuatro un pelo al aire.

La psicóloga le pregunta:

—¿Quiere significar que él fue el primer ateo?

—Hay quienes lo han afirmado, pero es un chiste.

Y dirigiéndose a Lenski:

—Todo esto para recordarle que las creencias que acompañan su fe han sido imaginadas, casi siempre, por hombres que ensayaron hacer familiar el prodigioso misterio que los habita. Comprender es aproximarse. La teología es una labor humana ¿Me comprende?

—Sí —responde el profesor.

—Como toda obra humana está lamentablemente sometida al paso del tiempo y envejece más pronto o más tarde, con mayor o menor suerte.

Lenski no dice nada. Sigue atentamente la demostración del sacerdote.

—Quiero decirle otra cosa. Y ésta con respecto a Dios. Es verdad que uno no puede hablar de Dios, porque Dios es todo. El es el aire que llena esta pieza, El es usted y yo; es ese cuadro de la pared y la montaña que el cuadro representa.

Se vuelve hacia el comisario:

—El es el cigarrillo que usted fuma, el cáncer que quizá lo acecha y hasta la oscura conciencia que usted tiene.

Luego hablándole a Lenski:

—Usted lo dijo bien: La cerradura y la llave ¡Perfecto! Infinitamente grande e infinitamente pequeño, nosotros no podemos saber lo que

nosotros hemos hecho de El ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Y vemos de inmediato que, en toda creencia —en la suya, por ejemplo— hay dos nociones diferentes, muy diferentes, de Dios. Usted las mezcló a lo largo de todo el interrogatorio y es una lástima.

—¿Qué nociones? —pregunta Platna, como si se interesara por el asunto.

El padre Sergio prosigue:

—La primera es la de Dios creador del mundo, organizador del cosmos, a quien se llamó, en su momento, el gran relojero. La segunda es la del Dios moral, que examina y juzga todas las acciones, y aun todas las intenciones humanas. Aquel que nos recompensa o nos castiga después de la muerte. Usted se da cuenta de que estas dos nociones difieren bastante entre sí y no se unen necesariamente. Por lo demás, sólo las religiones monoteístas las han confundido, llevando hasta el infinito y hasta lo incon-

cebible la omnipotencia de Dios ¿Me siguen bien?

—Muy bien —dice Olga.

—Procuro no caer en un énfasis innecesario.

—Usted es clarísimo —afirma la psicóloga.

—Por lo tanto el juez y el relojero... ¡Extraña amalgama de profesiones! Lo que debo añadir —y ustedes ya lo han comprendido— es que, con el devenir de los siglos, el sentido de las palabras se modifica, como las costumbres y las leyes. Dios no es hoy el que era hace cien años, ni siquiera el del año pasado. ¿Diríamos hoy que El sopesa cada uno de nuestros actos y de nuestros pensamientos para darnos cincuenta o cien años de purgatorio? No, ciertamente. Sí, se dirá, por ejemplo, que existe entre los hombres una especie de sentimiento del bien y del mal, común a todos, que los une y al que se le puede dar el nombre de Dios.

Y dirigiéndose a Olga:

—Si usted siente deseos de dar

una limosna a un pobre, ese deseo puede llamarlo Dios.

Luego, volviéndose hacia el comisario:

—Si, por el contrario, le vienen ganas de matar a un hombre en la calle, de hacerle una zancadilla a una viejita, a ese deseo puede llamarlo el diablo.

Y, retornando al profesor:

—Usted sabe, profesor, que los sabios modernos reconocen algo de malo en la naturaleza humana. Esta agresividad que todos tenemos es, quizá, el pecado original.

Sonríe como si acabara de decir algo muy gracioso; pero nadie lo acompaña en la sonrisa.

—Por otra parte, nos dicen los científicos —y se sienten estupefactos al descubrirlo— que hay un orden en las cosas. Desde las más grandes a las más pequeñas. Un orden sutilísimo, maravilloso. Este orden, que ninguna ciencia puede explicar, puede ser llamado Dios. La explosión que ha creado al mundo y aún prosigue creándolo, la

sublime fuerza inicial que conforma las galaxias y las expande hacia el infinito, toda esta fuerza, también puede ser llamada Dios. De la misma manera que puede llamarse Dios al equilibrio de la naturaleza, los hábitos de los insectos, la abeja que fecunda las flores. Como ven, no estamos tan lejos de la ecología.

Y siempre hablándole a Lenski:

—¿Hasta ahora estamos de acuerdo?

Lenski no responde y el padre Sergio continúa:

—Por lo tanto, si la noción de Dios puede variar. ¿Qué decir de sus representaciones que nos vienen de los tiempos más remotos? ¿Por ejemplo, de las imágenes de este libro?

Señala el misal con el dedo y añade:

—Todo esto es un modo de pensar, un modo de decir. La Teología, en su sentido más profundo es una moda. Pasajera, como todas las modas.

Lenski le comenta con convicción:

—No, no para mí. Yo creo en la verdad de cada una de estas imágenes.

Con sorpresa aparente, el padre Sergio le pregunta:

—¿Habla en serio?

—Usted sabe que sí.

—Entre nosotros —prosigue el sacerdote— es muy improbable, profesor Lenski, que exista en medio de las estrellas un anciano de blanca barba. Dios se ha replegado en nuestro interior. No sé si me comprende pero, hoy por hoy, el "yo creo" es lo que otorga validez al objeto de la creencia. Otrora sucedía lo contrario.

—No, realmente no lo entiendo —dice el profesor.

Y el comisario añade:

—Yo tampoco.

El padre Sergio:

—Lo que nosotros creemos, el objeto de nuestra fe, depende cada vez más de nosotros. Las verdades eternas son cada vez más relativas. Nosotros decidimos lo que creemos.

—¡No! —exclama Lenski—. Yo,

no. Yo no puedo ir contra mi fe. Rechazo el viejo camino del compromiso. Creo y no puedo dejar de creer ni puedo creer en otra cosa.

—No diga: no puedo dejar de creer. Usted puede creerlo todo o no creer en nada. Dios le ha otorgado ese poder.

—¿Cómo podría yo renunciar a mi fe estando en juego mi salvación?

—No es eso lo que le pido.

Lenski mira con firmeza al padre Sergio:

—En el fondo, usted no cree en Dios. Por eso está aquí. Dentro de un momento me va a decir: encontrarse cara a cara con Dios es encontrarse cara a cara consigo mismo. Esta es la soledad que anida en el fondo de su corazón.

—¿Usted piensa que el dogma existe en sí y que se nos impone en sus más ínfimos detalles?

—Sí.

—Tomemos un ejemplo: ¿Usted cree en la resurrección de los cuerpos?

—Sí.

El viejo sacerdote mira a la psicóloga y al comisario. Este le hace una seña discreta como diciéndole: ya se lo había anticipado.

El sacerdote insiste frente al profesor:

—¿Cree que resucitará, para el juicio final, tal cual es hoy, con sus brazos, sus piernas, sus cabellos?

—Sí.

—. . .¿Cree en la virginidad de María?

—Sí.

—¿En el purgatorio?

—Sí.

—Por lo menos, no creerá en el demonio.

—Sí.

El comisario grita, irritado.

—Ni siquiera el Papa cree en él.

El viejo sacerdote, que no aprecia la interrupción, mira fríamente al comisario y retorna al profesor:

—Profesor, con su permiso, el hermano Juan le va a contar su sueño.

El joven hermano permanece un

instante silencioso, como concentrándose y luego dice:

—Hace ocho días tuve este sueño imposible de olvidar. Me desperté cubierto de traspiración y con el corazón palpitante, como enloquecido:

—¿Qué soñó? —le pregunta Olga.

—Jamás conocí otra angustia igual. Es inexpresable y no me abandona. Cada noche, al irme a dormir, temo el regreso de ese sueño.

—¿Pero qué sueño? —insiste impaciente la psicóloga.

—Soñé que estaba condenado, condenado por toda la eternidad. Sin ninguna esperanza de salvación.

Olga le pregunta:

—¿Usted sabía por qué?

—No.

—¿Y qué vio? ¿Qué imágenes?

—Ninguna imagen. Lo más angustiante de todo, lo verdaderamente atroz, era la ausencia total de imágenes. Mi sueño era negro y vacío. Me deslizaba lenta e infinitamente en una especie de oscuri-

dad profunda. Con desesperación buscaba ver algo y no veía nada. Ansiaba tocar, sentir y no sentía nada. Pero sí sentía que estaba condenado y comprendía, al fin, el sentido de la antigua frase: el infierno es la privación de la luz de Dios. Es la nada, que es insoportable.

—¿Y eso es todo? —pregunta Olga.

—Sí.

Interviene el comisario:

—¿Y los demonios, los tridentes, los lagos hirvientes, el fuego?

El viejo sacerdote hace un gesto y responde con una sonrisa:

—Folklore. . .

El hermano Juan prosigue:

—En el mismo momento comprendí el problema. Por eso aún estoy turbado.

—Explícate —dice el padre Sergio.

—Yo estoy habitado por un sentido del infinito.

—Sí. Confirma el viejo sacerdote.

—Cuando cierro los ojos, mi razón se pierde en tierras lejanas. Imagino cosas que nunca conocí y que jamás conoceré. Entonces me digo:

Mira a Lenski:

—. . .como usted: es Dios quien imagina en mí. Estos sueños de infinito no pueden ser sino obra suya. Yo soy capaz de imaginar lo inimaginable. En otros momentos. . .

Y ahora mira a la psicóloga:

—. . .casi pienso como usted. Que soy un hombre y nada más que un hombre. Que mi espíritu cabalga sobre lo imposible y danza sobre fronteras imprecisas y que lo mismo les sucede a mis semejantes. Esta luz difusa que nos atrae y nos huye ¿vendrá de nosotros? Con frecuencia me lo pregunto. Todo lo que sé, después de mi sueño, es que por nada del mundo desearía perderla.

Interviene el anciano sacerdote:

—Le pedí al hermano Juan que me acompañara, porque me parece

un claro ejemplo del cristiano actual. Me refiero a su sinceridad, a las preguntas que se hace, a su poder de adaptación. Lo que hoy más cuenta para nosotros es descifrar el sentido actual de un texto del pasado; de decirnos: Dios habita en nuestro corazón. Que El haya nacido de nuestro oscuro deseo o que exista allá arriba; que sea la naturaleza o nuestro común sentido del bien y del mal; que sea el universo total, en el fondo ¿qué cambia eso en nuestras vidas? Lo que cuenta es el sentido que le damos a Dios en un mundo que se desgarra. ¿Cómo vivir? Esa es la pregunta. Ayer, Dios representaba la conquista y la autoridad. Hoy es la entrega y el sacrificio, la fraternidad y la caridad. Esto es lo esencial profesor.

El profesor responde con firmeza:

—No; comprendo lo que dice, pero no puedo aprobarlo. No se puede decir: Dios es no importa qué. Uno no puede decidir sobre Dios; no se lo puede adaptar. Su fe

es una ideología como tantas otras.

—No me agrada esa palabra —confiesa el padre Sergio.

El profesor continúa:

—Ya llegará a adaptarse a ella.

La psicóloga plantea una pregunta:

—Profesor, ¿sabe cómo se llama esta obstinación suya llevada al extremo?

—Usted dirá:

—Una fijación, una manía.

—¡Es tan fácil declarar locos a los que no piensan como usted!

Olga le señala:

—Es usted quien se ubica fuera de las normas; no yo. Hasta se diría que se complace en ello.

—Su psicología me causa risa. Usted pasa el tiempo encasillando las almas, pero ellas se le escapan. Dios es el único que ve claro dentro de ellas.

La psicóloga replica:

—Usted planteó la cuestión al comienzo ¿recuerda? ¿Tenemos la misma carne y la misma sangre? ¿Nuestros espíritus son diferentes?

Y bien, sí, con toda evidencia. Vemos y oímos las mismas cosas, pero unos conservan la mente clara, mientras que usted se enceguece.

—Simple problema de relación de fuerzas —dice Lenski.

—Ciertamente, no; más bien se trata de un problema de desequilibrio mental que amenaza nuestra coherencia social. ¿Comprende?

Lenski, encendido, se deja llevar por su impulso:

—Llegará el día en que declararán locos y encerrarán en los asilos a todos los que no estén de acuerdo con ustedes. A cuantos piensen y sientan de distinta manera. Tanto de los revoltosos cuanto de los soñadores, de los descontentos y hasta de los huelguistas, de todo dirán que son enfermos a los que hay que curar.

Olga levanta la voz replicándole:

—¿Pero qué es este delirio? ¿Se imaginan que se puede dejar en su sitio, en la universidad, a este paranoico?

Lenski se sorprende tanto ante

este grito que no sabe cómo replicar. Su mujer entonces, se levanta y se acerca a él.

La secretaria tacha una línea que acaba de escribir.

El viejo sacerdote, en un extremo intento de conciliación, le dice:

—Profesor, escúcheme por última vez.

—Sí, lo escucho.

—Usted empleó la palabra "fácil". Comprendo bien su exigencia. Pero se puede volver en su contra la acusación y decir: confort intelectual es el suyo. Usted se siente al abrigo en su fe y para todo tiene respuesta. No crea que es fácil ser buen cristiano en los tiempos que corren. Al contrario. Nunca como ahora fue tan difícil conciliar la autonomía y la libertad del hombre, con esta fe que nos sería dada desde el exterior. Nunca tan difícil armonizar nuestro deseo de conocer, de dominar la naturaleza con la confianza necesaria en la Providencia divina que nos trasciende. Difícil como nunca, profe-

sor, hacer coincidir la ciudad humana que levantamos con nuestros sueños, de acuerdo con nuestro ideal, con la ciudad de Dios que intentamos imaginar pero que, en el fondo nos es desconocida. Sabemos que nuestras ilusiones son todopoderosas; que el error tiene más fuerza que la verdad. No es menester ser psicólogo para eso. Pero el más allá está quizá dentro de nosotros y usted debe admitirlo. Tal vez antes que en ningún otro lugar.

Lenski le pregunta con auténtica inquietud:

—¿Cómo puede usted decir que yo estoy en el error?

—Nadie vio jamás a Dios —responde el sacerdote—. Se lo repito: debemos hallarlo, ante todo, dentro de nosotros mismos.

La mujer del profesor interviene:

—No comprendo lo que ellos dicen, pero me parece que tienen razón: ¡Escúchalos!

—No puedo. Si los escucho, estoy perdido. Mi vida carecería de sentido.

La señora Lenski, señala a su hija Sonia y pregunta:

—¿Acaso nosotros no somos parte de tu vida?

Olga lanza una nueva idea:

—Nos va a obligar a cometer un acto contrario a la caridad; un acto que su fe reprueba. Nos obliga así a cometer un pecado ¿Es exacto?

Todas las miradas convergen en Lenski, quien no dice nada. El padre Sergio interviene:

—Prefiere callar como Cristo ante Pilato.

—Llegará un día en que no creerá más en Dios —dice el comisario— y se preguntará. ¿Cómo pude yo creer? ¿Cómo pude ser tan tonto?

Lenski declara con gravedad:

—Desde que recibí su citación, supe que el día de mi testimonio había llegado. El día en que Dios me necesita es éste y no tengo derecho a decepcionarlo.

Su mujer se inclina hacia él:

—Alejandro, me das miedo. Te lo suplico: es grave; vuelve a casa con nosotros.

—Escuche a su mujer —le dice el comisario—; piense que no puede tener razón en contra de todos nosotros.

Lenski se endereza bruscamente y grita:

—¡Deténganse! ¡Cállense, por favor! ¿Qué es lo que quieren? ¿Volverme realmente loco? Han llamado a los sacerdotes ¿Dónde están los médicos? ¿Acaso aguardan también en la pieza de al lado, delante de una pantalla oculta de televisión?

Y señala con el índice una cámara fijada en el techo de la pieza. A su alrededor, el silencio, un silencio que parece confirmar que ha dado en lo justo.

Con la punta de su lápiz, la secretaria toca en el brazo al comisario, quien se vuelve hacia ella; con la mirada le pregunta si debe escribir eso. El le responde con un gesto negativo.

Tras una breve pausa, Lenski retoma la palabra yendo de uno a otro:

—¿No les parece que hay suficiente aridez en el mundo? ¿Demasiado asilamiento? ¿Demasiada mediocridad? La tierra se hace cada día más pequeña. Se pierde en un océano de estrellas en el que yo no soy nada. Ni ustedes tampoco. Entonces, ¿por qué rehusarme una puerta abierta? ¿Una oportunidad de infinito? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿A quién amenazo? ¿Qué hago de malo? ¿Por qué cerrar cada vez más estrechamente esta tapa de madera donde nos afixiamos? Ninguna ciencia, ninguna técnica, ninguna expresión, ninguna poesía puede ir tan lejos como mi fe ¡Ella posee alas más amplias! ¡Me transporta lejos de aquí, lejos de sus expedientes, de sus fichas, de sus aparatos!

De golpe se precipita sobre los escritorios del comisario y de la psicóloga. Con gestos violentos, desparrama papeles y objetos gritando:

—¡Vamos! ¡Arrójeme todo esto! ¿Qué esperan? ¡Arrójenlo! ¡Todo

esto no sirve para nada!

Con rapidez, el policía uniformado se le aproxima y lo sujeta. Lenski resiste algunos segundos.

El comisario se apresura a colaborar con el policía.

Entre los dos contienen al profesor Lenski quien, de pronto, cesa toda resistencia y dice:

—Les pido que me perdonen.

El policía intercambia una mirada con el comisario y suelta el brazo de Lenski.

Este se dirige a su silla, se sienta y permanece un momento con la cabeza gacha.

La secretaria recoge los documentos esparcidos y procura ubicarlos en su lugar.

El padre Sergio posa una mano sobre el hombro del profesor y le dice:

—Serénese.

Lenski sigue callado:

El comisario le habla:

—No está prohibido creer ¡al contrario! Pero. ¿Se da cuenta adónde lo lleva eso?

—Ahora lo veo mejor —dice el profesor.

—Sabe —le dice Platna— es poco lo que se le pide. Guarde lo que usted quiera en su corazón, pero no diga más que cree en Dios.

Y, señalando con un gesto el misal:

—¡Renuncie a toda esa superchería!

Lenski se vuelve hacia el viejo sacerdote como si le pidiera ayuda. El padre Sergio le dice:

—Hay que vivir entre los hombres, profesor. Es menester otorgarles, cuando es posible, lo que le piden.

Lenski sacude la cabeza:

—Yo no puedo.

—¿Por qué?

—No puedo renunciar ni a la más pequeña partecita de Dios.

—Pero Dios —dice el padre—. ¡Dios no es eso! ¡Usted nos habla de fantasías pintadas hace siglos por los hombres!

—Sí. Pero es mi camino. No conozco otro. Avanzo por él y las

luces iluminan mis pasos. Si me aparto de este camino, perezco. Dios me abandona.

Ahora es la psicóloga quien se pone de pie, se exalta y golpea la mesa:

—¿Todavía no terminó con su Dios? ¿Con la salvación y la vida eterna? ¡Con todas esas viejas estupideces ya nos tiene hartos! ¡Y, en el fondo, usted sabe que todo eso es estúpido! ¡Usted no sabe qué responder y sólo atina a repetir: yo creo, yo creo! ¡Abra los ojos, profesor! Usted está aquí, en la tierra, obligado a vivir y a morir como nosotros.

El profesor le responde suavemente:

—No; de ninguna manera como ustedes. . .

—¿O sea?

—Si la muerte fuese eso, la muerte; no vería ninguna razón para vivir. Pero me ha sido prometida la vida eterna. Hacia ella camino. Los ángeles de Dios me acompañan, guían mis pasos en las

tinieblas y me parece, de tanto en tanto, que una suave mano corrige mi marcha.

—¿Aún está entre nosotros? —se burla la psicóloga—. ¿Usted no se da cuenta de que no podemos aceptar su lenguaje?

El parece no haberla oído cuando responde:

—Mi muerte no será como la de ustedes.

—Dígame la diferencia.

—Todo lo que ustedes pueden esperar es morir con sensatez. Yo, yo moriré con alegría.

El comisario parece querer ayudarlo:

—Por última vez, toque tierra y abra los ojos.

—Mis ojos están más abiertos que los de ustedes.

—Nuestra tierra es muy pequeña, pero es todo lo que tenemos. Es todo lo que nos interesa. Aquí es donde debemos trabajar.

—Usted se equivoca de época —añade Olga—. ¡Despierte de una vez!

Y el comisario le propone:

—¿Quiere diez minutos para reflexionar?

—El no responde. Olga le dice, casi suplicando:

—Profesor... Por última vez... ¡Sálvese!

Entonces el profesor Lenski se deja deslizar de su silla y cae de rodillas sobre el suelo.

Lentamente, con voz baja y serena, los ojos semicerrados comienza a decir:

—Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de Santa María Virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato. Fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos. Subió a los cielos. Está sentado a la derecha de Dios, padre todopoderoso. Desde allí ha de

venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica. . .

Con la expresión serena y recogida, Lenski finaliza su credo:

—. . .la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida perdurable. Amén.

Todos lo miran sin hablar.

El calla. Cae sobre el grupo un prolongado silencio.

Dos siluetas blancas entran en la oficina. Son los médicos.

El profesor no se vuelve a mirarlos. Ora en silencio.

Su mujer se le acerca una vez más. Quiere hablarle pero no puede. El policía la toma de la mano y ella se deja llevar sin resistencia.

Cuando uno de los médicos toca a Lenski en el hombro, éste se sobresalta ligeramente, pero no se defiende. Hace rápidamente la señal de la cruz y se levanta. Los hombres de blanco que lo rodean, lo

conducen hacia la puerta del fondo. El los deja hacer. Sale.

El comisario le dice a la mujer del profesor:

—Usted puede regresar a su casa ahora. No la dejaremos sin noticias.

—Gracias.

Sale seguida por su hijita. Por indicación del comisario, el policía las acompaña.

El viejo sacerdote pregunta al comisario:

—¿No nos necesita más?

—No.

El padre Sergio, antes de salir, hace una última pregunta:

—¿Por qué se hacen tantos problemas? ¿No sería mejor dejarlos creer en lo que quieran?

—No nos toca a nosotros decidir eso —dice simplemente el comisario.

Los dos religiosos se inclinan y salen sin añadir una palabra más. Cuando están llegando a la puerta, el comisario les pregunta:

—¿Desean un coche para regresar?

—Gracias —responde casi molesto el padre Sergio—. Regresaremos a pie.

La secretaria acaba de recoger los documentos y objetos arrojados por Lenski.

La psicóloga se pone su tapado y su bufanda de lana.

El comisario hace lo propio con su sobretodo. Entre los documentos recogidos por la secretaria ve una ficha con el nombre de Lenski y una fotografía del profesor.

La psicóloga le dice:

—Espero que lo curen.

Cierra su portafolios.

La secretaria, que continúa ordenando, pregunta a la vez que señala su anotador:

—¿Quiere que mañana pase todo esto a máquina?

El comisario intercambia una mirada con la psicóloga, antes de responder:

—No; no vale la pena. Pero consérvelos; nunca se sabe. . .

El comisario y la psicóloga caminan juntos hacia la puerta. Ella le pregunta:

—¿No es grave lo de tu hijo, no?

—El doctor dice que no.

—Bésalo de mi parte.

—De acuerdo.

Desde el umbral se vuelve y le dice a la secretaria:

—¿Se acordará de apagar las luces?

—Sí, señor.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor.

La secretaria queda sola. Casi ha terminado de ordenarlo todo.

Sobre el escritorio del comisario están el misal y el rosario. Ella abre un momento el misal. Entre sus dedos surgen las estampas piadosas, sencillas y coloreadas, muy viejas, colocadas entre las páginas. Las observa con curiosidad, una incertidumbre y un vago temor.

Luego cierra el libro.

Recoge su abrigo, echa una última mirada a la habitación y apaga la luz antes de salir.

KATHRIN

HANS HABE NOVELA

Europa, al final de la década del treinta. La condesa Kathrin von Hugh, una atractiva vienesa, vive desde hace tres años en París como amante del poderoso fabricante de automóviles, Bertrand Lacoste. En 1916, antes de poder concretarse el proyectado matrimonio con el padre de su aún no nacida hija Manuela, éste muere en un accidente. Entonces, para darle un apellido legítimo a su hija, Kathrin se casa con un aristócrata mucho mayor que ella.

Cuando Kathrin procura, repentinamente, manejar el futuro de su hija, a fin de asegurarle una vida feliz, sus relaciones con Bertrand Lacoste (58 años) entran en una profunda crisis. Kathrin, de carácter fuerte y dominante, procura a toda costa alcanzar su meta, no hesitando en utilizar cualquier medio o camino para lograrlo. En este camino, que no conoce desvíos ni debilidades, llega a sacrificar también un nuevo y apasionado amor, encarnado en un joven y famoso escritor.

Kathrin logra su fin: el plan urdido por ella se cumple cabalmente. Manuela, acatando los deseos de su madre y no los dictados de su propio corazón, se casa con uno de los hijos de Bertrand Lacoste. La ceremonia se realiza en Niza, según lo planeado, pero de ahí en más, todo se desarrolla de manera muy diferente a lo imaginado por Kathrin. La movilización francesa y la posterior declaración de guerra a Alemania tienen consecuencias sumamente graves para todos.

Hans Habe no sólo logra plasmar una caracterización llena de vida de las figuras principales de su novela, sino también crear una imagen de la "generación perdida" que creció y se desarrolló entre las dos guerras mundiales.

344 Páginas



EL CAPO

BORNICHE NOVELA

Un gangster americano carbonizado en París. El espectacular robo de un banco en Cuba. El nexo: el Capo, el criminal de guerra que, desde Buenos Aires, reina sobre el bandolerismo internacional.

De un lado: una organización criminal temible. Del otro: policías impotentes, a veces corrompidos o cómplices. Entre la maza y el yunque: el inspector Borniche, un agente de policía distinto a los demás.

Una carrera-persecución a través de la humedad aplastante del Caribe y de América Central. Una de las mejores aventuras de Borniche, enfrentado ahora con **El Capo** pero también, una vez más, con otro fascinante y multifacético personaje que se mueve en esos bajos ambientes como pez en el agua, el inolvidable protagonista de **El Tigre**, la novela que atrapó a miles de lectores en la Argentina.

264 Páginas



Jean-Claude Carrière

CREDO

Credo, de Jean-Claude Carrière, se basa en un hecho real: en 1970, un historiador ucraniano, Valentin Moroz, fue arrestado por la policía soviética, sufrió largos interrogatorios y finalmente fue internado como loco "porque creía en Dios".

El autor reconstruye los diálogos de estos interrogatorios y pone en boca de acusadores y acusado, los argumentos esgrimidos en la oportunidad. De uno y otro lado, todos tienen aparentemente buena voluntad. Cada uno quiere ayudar al otro. Pero un sistema rígido, el creerse absoluto poseedor de la verdad, la imposibilidad casi física de admitir ideas diferentes de las propias, arrastran al inevitable enfrentamiento y al fatal desenlace.

Credo no es ni un panfleto político ni una profesión de fe. Cada antagonista expresa libremente lo que siente y cree.

Hasta dónde se extiende la libertad de cada uno, su libertad de creer, hablar de lo que se cree, tal es la pregunta de plantea *Credo*, pregunta que no ha cesado de conmover al mundo.

El problema tan real y que tantos "encierros" en *casas de salud* ha provocado en los países marxistas, alcanza directamente a todas las naciones y a todos los hombres, ya que en todas partes está en juego permanentemente lo más precioso de la persona humana: su libertad, la libre expresión de sus íntimas convicciones.